

# Es necesario estar contentos con lo que tenemos (20.17)

*No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo (20.17).*

El último de los Diez Mandamientos dados en Éxodo 20, habla en contra de la codicia.

Un autor confesó que él solía considerar este mandamiento el más débil de los diez. Esto fue lo que expresó: «Se me ocurre pensar que quienquiera que aprobara el orden en que debían aparecer estos mandamientos, no tenía mucho sentido del suspenso y del clímax. Puso todos los pecados dramáticos, intrigantes, tales como el hurto, el adulterio y el homicidio al comienzo. Y al final puso la codicia. Lo más lógico habría sido que comenzara con un pecado blando, poco importante, tal como el de la codicia, para luego ir aumentando en suspenso hasta culminar con los pecados grandes». Por supuesto que tal autor estaba expresándose de modo humorístico, sin embargo estaba haciendo hincapié en algo importante: Como no parece tan dramáticamente pecaminoso, es probable que este sea el mandamiento que más violemos de todos los Diez Mandamientos.

Puede que este mandamiento sea el último de la lista porque tiene que ver principalmente con una actitud. Todos los demás mandamientos tienen que ver especialmente con acciones. Esta actitud de codicia es la principal motivación de la mayoría de las actividades prohibidas. Por ejemplo, los dos primeros mandamientos prohíben la idolatría, sin embargo en Colosenses 3.5, la codicia es igualada a la idolatría.

¿Qué es la codicia? ¿Es ella solamente un poderoso deseo de algo? ¿Podría ser superada?

La palabra «codiciar» es moralmente neutra. Podemos desear algo poderosamente, incluso anhelar algo, y aun así no pecar, pues depende de qué es lo que estamos deseando con tanta vehemencia. Pablo les dijo a los cristianos: «Procurad, pues, los dones mejores» (1<sup>era</sup> Corintios 12.31). El salmista escribió: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía» (Salmos 42.1). ¡Anhelar a Dios es bueno!

No obstante, podemos equivocarnos el objeto de la codicia. Es un error codiciar la riqueza de otro, o el lugar que él ocupe en la sociedad. El décimo mandamiento incluyó una lista de las cosas que los israelitas no debían codiciar: ni la mujer, ni el siervo, ni el buey, ni el asno, del prójimo. Para estos nómadas del desierto de Sinaí, la totalidad de la riqueza de un hombre incluía a su mujer, a sus siervos y a su ganado. Por lo tanto, la codicia puede definirse como el deseo de algo que otra persona tiene, al punto que uno se lo arrebataría. Los traductores están de acuerdo en que se trata de un poderoso anhelo de lo que otra persona tiene. La codicia no tiene que ver solamente con desear cosas; es desear cosas tan sólo porque otra persona las tiene.

## LA CODICIA ES DESEO DESENFRENADO

He aquí una definición de la codicia pecaminosa: Desear obsesivamente cosas vanas terrenales. Puede que codiciemos las oportunidades o posición, así como las posesiones materiales de un vecino nuestro. Muchos son culpables de estarse comparando con otros. Nos causa celos el estilo de vida de otra persona. Soñamos acerca de lo felices que seríamos si fuéramos otra persona. ¡Es una insensatez estar convencidos de que debemos tener lo que todo mundo tiene! Los talentos no los tiene todo mundo en igual medida. Según la parábola de los talentos, un hombre tenía cinco talentos, otro dos y un tercero solamente uno.

Ninguno era inferior a otro. Cuando nos sentimos inferiores porque tenemos menos que otro, estamos cayendo en las sutiles y seductoras garras de la codicia.

Es posible que usted tenga algo que otro desea. Acab, el rey de Israel, el más poderoso, y tal vez el más acaudalado varón de Israel, codició una pequeña viña que no era suya y mató para apropiarse de ella (1<sup>er</sup> Reyes 21).

### LA CODICIA ES DESCONTENTO

La codicia es señal de que jamás se tendrá lo suficiente como para estar contentos. Los codiciosos se engañan a sí mismos con la idea de que la felicidad de las personas proviene de afuera, y no de su interior. El codicioso no ha aprendido que la prosperidad no produce la felicidad ni el gozo en la vida. La Biblia dice:

Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré;... (Hebreos 13.5).

Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar (1<sup>er</sup> Timoteo 6.6-7).

A Jesús le pidieron una vez que resolviera una disputa entre dos hermanos que se peleaban por la herencia familiar. Él les advirtió: «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12.15). Luego les dijo esta parábola:

La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios (Lucas 12.16-21).

Jesús estaba diciendo que llegará el día cuando la acumulación de posesiones no tendrá ningún valor. Aun el que experimente gran éxito financiero, puede ser un terrible fracaso en asuntos que verdaderamente importan.

Si usted ha vivido alguna vez en su vida, en un lugar donde las hormigas bravas o de fuego construyen grandes hormigueros y pican a sus hijos, usted ya conocerá el respeto que se les tiene

a estas pequeñas criaturas. Bob James, de Paint Rock, Texas, dijo que él una vez tuvo en su patio un hormiguero en el que vivían hormigas de las que pican. Él trazó un círculo con veneno para hormigas alrededor del hormiguero. Pensando que los diminutos gránulos de veneno eran alimento, las hormigas comenzaron a recogerlos y a distribuirlos por toda su colonia. Bob regresó después para ver cómo iba todo y encontró cientos de hormigas bravas o de fuego llevándose el veneno a su hormiguero. Luego notó que algunas de las hormigas que no pican, de un hormiguero vecino, estaban robándose los pequeños gránulos y llevándoselos para su hormiguero. Pensando que estaban llevándose el tesoro de otras hormigas, se estaban envenenando a sí mismas.

Cuando vemos que otros tienen más de lo que tenemos, debemos estar alertas a la tentación de la codicia. El deseo de lo que ellos tienen, puede envenenarnos espiritualmente. Pablo expresó:

Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores (1<sup>er</sup> Timoteo 6.9-10).

¿Qué aprovechará a una persona, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma por estar más interesada en la riqueza terrenal que en el Salvador Jesucristo?

### LA CODICIA ES IDOLATRÍA

Un poderoso deseo de tener riquezas terrenales es idolatría. Esto es lo que dice en Colosenses 3.5: «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría». Las riquezas terrenales pueden arruinarnos espiritualmente, porque las cosas creadas llegan a ser más importantes para nosotros que nuestro Creador.

En el decenio de 1880 a 1890, un hombre pobre llamado Tobe Inmon, y su familia, salieron de Kentucky, emigraron hacia el oeste y se establecieron en las montañas Ozarks de Arkansas. Un día del año 1903, Inmon entró en la ciudad y pidió que un doctor viera a su hijo, el cual estaba inconsciente a causa de la fiebre. El Dr. Benjamin Martin siguió a Inmon hasta su casa y se quedó junto a la cama del muchacho hasta que hubo pasado el peligro. Consciente de la pobreza de la familia, Martin le dijo a Inmon que no se preocupara por pagarle, pero Inmon insistió en pagarle. Le ofreció al doctor un saquillo de lona que contenía treinta balas para

un rifle de gran calibre. Las balas eran escasas, y al doctor le encantaba ir de cacería, así que las aceptó gustoso. El doctor guardó el saquillo y se olvidó de él. Dos años después, encontró el saquillo de cartuchos y descubrió que las balas estaban hechas de plata pura. El Dr. Martin regresó a la granja Inmon, tan sólo para hallarla desierta. Buscó señales de que se hubiera llevado a cabo alguna explotación minera para sacar plata. Comenzó a actuar de modo extraño, abandonando su consultorio y haciendo caso omiso a ruegos que le hacían para que prestara sus servicios médicos. Se había empeñado en hallar su fortuna en la plata. Encontrar la mina se convirtió en una pasión avasalladora. Años más tarde, el Dr. Martin moría en bancarrota y siendo un ermitaño traspasado de dolor.

### **LA CODICIA SE SUPERA POR EL ESPÍRITU**

¿Qué podemos hacer para combatir la tentación de codiciar? En primer lugar, debemos reconocer que el Espíritu Santo nos da el poder para superarla: «... mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8.13). No somos capaces de resistir la codicia por nosotros mismos. Aunque es necesario que hagamos ciertas cosas para experimentar la libertad de esta forma de

idolatría, es el poder del Espíritu lo que hace que ello suceda. En segundo lugar, debemos alabar a Dios. Esto hace que pongamos a Dios en el lugar que le pertenece en nuestras vidas —el primer lugar. En tercer lugar, debemos cultivar nuestras propias habilidades. En cuarto lugar, debemos dar liberalmente a otros. Nada derrota la codicia tan eficazmente como la generosidad: «Hay quien todo el día codicia; pero el justo da, y no detiene su mano» (Proverbios 21.26). Debemos cambiar nuestra actitud de modo que dejemos de decir: «Deseara que lo tuyo fuera mío», y comencemos a decir: «Deseara compartir lo mío contigo». En quinto lugar, debemos confiar en Dios.

### **CONCLUSIÓN**

Hay dos maneras de llegar a ser ricos. Una se realiza teniendo muchas posesiones; la otra se realiza teniendo pocas necesidades. Se puede considerar que se ha ganado la batalla contra la codicia cuando hayamos puesto las cosas en su perspectiva correcta, y hayamos disminuido nuestras necesidades a un nivel que podamos manejar. Cuando nuestras necesidades comienzan a manejarnos, tenemos un problema. ■